# CARTAS DE MUJERES

En cierto escritor, pretendía que el hombre que aparece más tarde sobre el planeta, goza de ventajas de que no han dispuesto sus antecesores.

Esta es la esperanza secreta de todos los enfermos incurables, que fían en el tiempo como auxiliar de la ciencia, para su curación. Cuando los hermanos Montgolfier hicieron su maravilloso descubrimiento—que hoy nos parece infantil—, en virtud del cual un globo se elevó por vez primera en el espacio, una mujer anciana prorrumpió en sollozos:

—¡Dios mío! —exclamaba—. Se va a descubrir la fórmula para no morir, y yo ya me habré muerto...

Es de suponer que la inocente anciana habrá muerto, en efecto—esto ocurrió en 1783—, y el secreto deseado por ella sigue siendo un misterio, pero su exclamación profetizaba con exageración evidente en cuanto al tiempo, todos los descubrimientos futuros.

La ciencia no ha logrado aún más que hacer retroceder a la muerte en ciertos casos, pero cada vez va conociendo mejor el sujeto sobre que se aplica, y por ese camino, ha llegado siempre a los mejores resultados. Ahora, por ejemplo, los doctores Kilner y Felkin, pretenden haber descubierto la manera de teñir las fosforescencias y emanaciones que se desprenden de todo ser humano. Cada uno de nosotros, según ellos, está rodeado por una especie de nimbo o halo luminoso (imperceptible para la retina humana), que se debilita con la enfermedad y se apaga bruscamente en el momento de la muerte. Lo más asombroso, es que cada uno de los sentimientos que experimentamos, tiene su color especial. El nimbo del egoísta es obscuro, confuso y gris claro el de los tímidos, negro el del que odia, rosa el del enamorado. Rojo violento el de los exaltados, y el de los seres buenos, dulces y piadosos, es de un suave color azul pálido.

Si es verdad, la ciencia no defrauda a la poesía, que hubiera imaginado poco más o menos, los mismos colores.

Cuando el descubrimiento alcance su grado de perfección, bastará con que adquiramos unas gafas especiales, para que sepamos a qué atenernos sobre los sentimientos de las personas que nos rodean. Pero lo que inquieta es el hecho de que el nimbo se debilite con la enfermedad y se apague con la muerte. ¿Será posible que el alma, cuya existencia ha sido negada o bien se le ha hecho ocupar sitios misteriosos dentro del cuerpo, no sea más que un flúido fosforescente que se extingue para siempre?

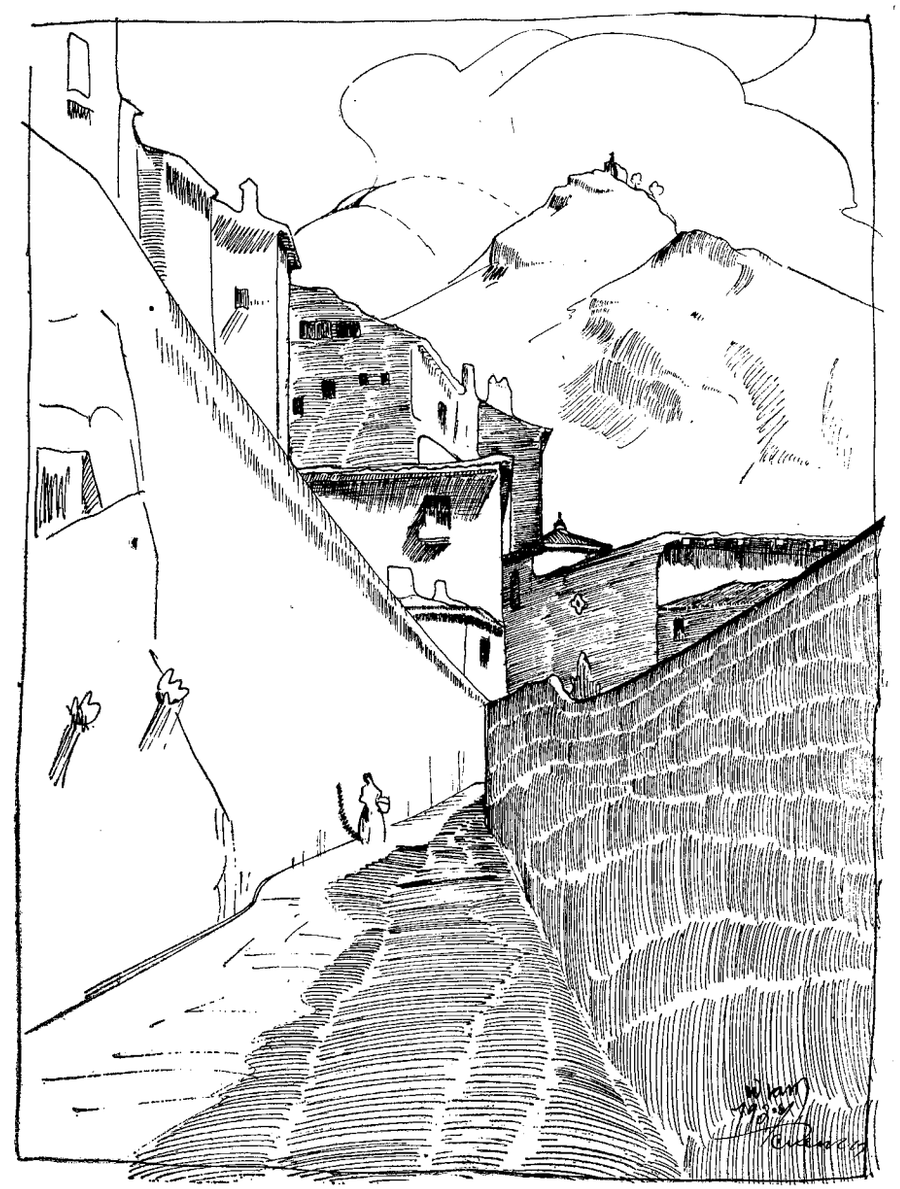
Si queremos conservar nuestro optimismo y seguir dentro de la ortodoxia cristiana, que afirma la inmortalidad del alma, nos basta con suponer que el aparato de los dos sabios, no es lo bastante potente para registrar las vibraciones de ese flúido después de la muerte, o más sencillamente, aún negar que ese nimbo sea el alma, y aun negar el invento mismo. ¿Qué invento es ese que nos presenta a los hombres encasillados, con un carácter fijo e invariable? Una mujer frívola en la inconsciencia de su primera juventud, puede ser un ejemplo de constancia bajo la influencia del amor, tímida ante la brutalidad de su marido, feliz ante la comprensión de su compañero, heroica en la defensa de sus hijos. Y todo ello en una pieza, ¿por qué no? Hay que desconfiar un poco de los sabios, sobre todo, de unos sabios como estos que pretenden reducir la complejidad insondable del alma humana a una cuestión de colores.

¿Quién podrá determinar el color del nimbo que rodea a esos niños que se suicidan, según nos enseña la estadística? Negro, nos contestarían banalmente los sabios. Sin embargo, los niños suicidas no han existido siempre; la Roma de la decadencia no los conoció, son una tara vergonzosa de nuestra época. En cambio, el negro, como los sabios a la violeta, ha existido siempre. Y en último caso, de nada nos serviría conocer el color del halo que circunda al niño suicida, si no supiésemos los móviles que le impulsaron a obrar.

*LYCE.*



# DEL CUENCA TIPICO



Un rincón de Santa Cruz

APUNTE DEL NATURAL DE LAM

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ilustración Castellana. 27/10/1927.